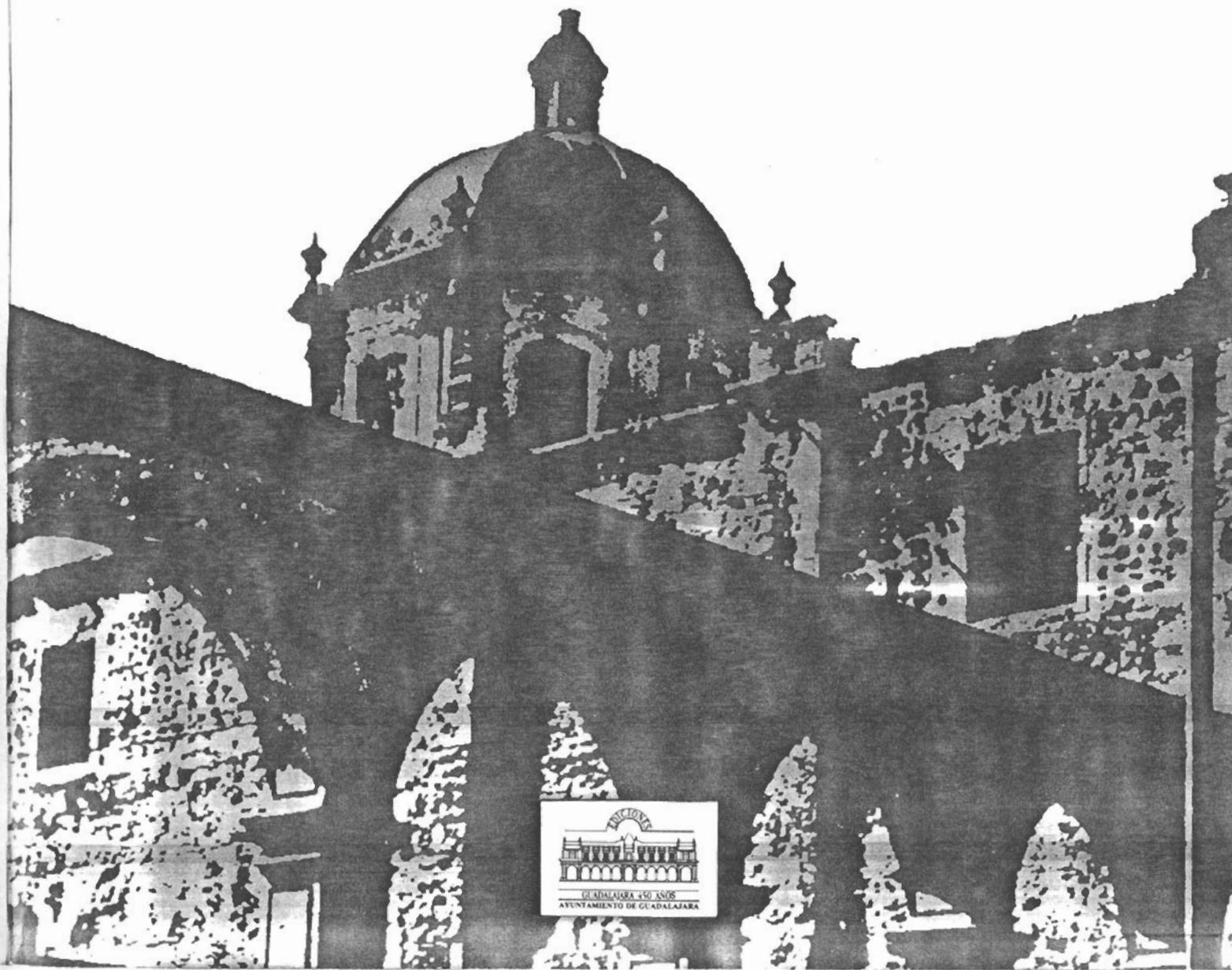


15

Capítulos de historia de la ciudad de **G**uadalajara

Tomo II



GOBERNANTES	PERIODOS
1985 do de gobernación, seguridad pública, obras públicas, prensa y difusión, y patrimonio municipal). José Guillermo Vallarta Plata (Presidente Municipal, comisionado de gobernación, seguridad pública, obras públicas, prensa y difusión y patrimonio cultural).	Del 1 de Enero al 31 de Diciembre.
1986 Eugenio Ruiz Orozco (Presidente Municipal, comisionado de prensa, y difusión, gobernación, obras públicas, patrimonio municipal, presupuestos y vehículos, puntos constitucionales, redacción de estilos, reglamentos, seguridad pública, y tránsito).	Del 1 de Enero al 31 de Diciembre.
1987 Eugenio Ruiz Orozco (Presidente Municipal).	Del 1 de Enero al 31 de Diciembre.
1988 Eugenio Ruiz Orozco (Presidente Municipal).	Del 1 de Enero al 31 de Diciembre.
1989 Gabriel Covarrubias Ibarra (Presidente Municipal).	Del 1 de Enero al 31 de Diciembre.
1990 Gabriel Covarrubias Ibarra (Presidente Municipal).	Del 1 de Enero al 31 de Diciembre.
1991 Gabriel Covarrubias Ibarra (Presidente Municipal).	Del 1 de Enero al 31 de Diciembre.
1992 Gabriel Covarrubias Ibarra (Presidente Municipal).	Del 1 de Enero al 31 de Marzo.

Bibliografía

Actas de Sesiones de Cabildo de 1708 a 1991.
 Informes Municipales 1931 a 1991.

Sumario

Presentación	7		
Introducción	9	SU VIDA SOCIO-POLÍTICA	
		5. Costumbres y tradiciones en Guadalajara	131
		Paulina Carvajal de Barragán	
SU ECONOMÍA		Introducción	133
1. <i>Los gremios en Guadalajara</i>	13	Antecedentes	133
Lilia Bautista Reyes, Isabel Diaz Escobedo,		El Paseo del Pendón	135
Susana Pacheco Jiménez y Alicia del Carmen Rodríguez		Acta del Pleito Homenaje	137
Villalvazo.		Origen del Pendón en Guadalajara	140
Elecciones	17	Ceremonia de Jura de su Majestad	
Visitas	18	el Rey Don Carlos II	140
Tienda pública	19	Festividad de San Juan Bautista	
Exámenes	22	en el pueblo de Mexicaltzingo	144
Quejas	30	Apéndice	147
Castas	35	Bibliografía	147
Impuestos	36		
Mujeres	36	6. <i>Tradiciones y costumbres de la Iglesia</i>	
Obligaciones	36	<i>en Guadalajara.</i>	149
Comercio	36	Juan Gil Florez	
* 2. <i>La vida económica tapatía durante el siglo XIX.</i>	39	El carnaval	153
Jorge Durand.		El carnaval en Guadalajara	154
Guadalajara, una ciudad comercial	41	La Semana Mayor	155
La manufactura y la artesanía urbanas	43	Martes de Cuaresma	155
La opción por la industria	46	Viernes de Cuaresma	155
De la Reforma al Porfiriato	49	Procesión del Viernes Santo	156
Un retrato de 1880	50	La procesión del domingo de resurrección	157
Veinte años de porfiriato	52	Ceremonia de la Santa Señal	158
Bibliografía	57	La procesión del Jueves de Corpus	158
		Ceremonia del Día de Muertos	159
		Las reliquias humanas conservadas	
		en algunos templos de la arquidiócesis	
		de Guadalajara	160
3. <i>La vida económica tapatía durante el siglo XX.</i>	59	El San Cristóbal de Santa Mónica	161
Patricia Arias.		Los "incendios"	162
La Guadalajara de 1900	61	El 12 de diciembre	164
Un refugio en la ciudad	63	La romería a Zapopan	165
Las incertidumbres de una década (1920-1930)	65	Bibliografía	167
La recuperación de la confianza	68		
La gran ciudad de la pequeña industria	72	7. <i>La identidad cultural en el barrio del Santuario:</i>	
La transición (1950-1960)	76	<i>Orígenes.</i>	169
La ciudad abierta	78	Sergio Alcántara Ferrer	
Bibliografía.	84	Introducción	171
		El papel de los barrios en la historia	
4. <i>La industria en Guadalajara durante la primera</i>		de la ciudad	173
<i>década del siglo XX.</i>	87	Orígenes y crecimiento demográfico	
Mario Alberto Gerardo Magaña Mancillas		del barrio del Santuario de Guadalupe	178
Algunos aspectos sociopolíticos		Componentes Básicos de la identidad	
de la sociedad tapatía	90	cultural del Santuario	187
La industria de Guadalajara	94	8. <i>Las mujeres que forjaron una nueva sociedad:</i>	
Su situación entre 1900 y 1910	95	<i>trabajadoras y sindicalistas. Del porfiriato a la etapa</i>	
Situación general	97	<i>cardenista.</i>	193
Industrias alimenticias	101	Hermelinda Orejel Salas	
Industrias del calzado y del vestido	103	Evolución del trabajo productivo de la mujer	196
Otras industrias	106	Las actividades económicas de la mujer	
Breves consideraciones sobre el aspecto laboral	111	entre el umbral del nuevo siglo	
Políticas fiscales y la industria tapatía	115	y los años treinta	199
Fuentes	124	El estado de la industria después	
Apéndice.	127		

La vida económica tapatía
durante el siglo XIX

Jorge Durand

1. Guadalajara, una ciudad comercial

Guadalajara parece ser un escaso pero muy buen ejemplo de ciudad que logró crear y conservar un perfil que la ha caracterizado hasta la actualidad: una urbe que a pesar de la incesante sucesión de cambios ha mantenido su carácter eminentemente comercial y en la cual ha persistido la preocupación por la condición de la ciudad y la vida urbana.

Al iniciarse el siglo XIX Guadalajara, con sus dos leguas de extensión, tenía alrededor de 35 000 almas, algo similar a la población de Zapotlanejo en la actualidad. Sin embargo, la Guadalajara de entonces reunía varias instituciones económicas de carácter regional y concentraba una población acaudalada y exigente, que gustaba de entretenerse, lucir y comer bien.

Desde 1795, con la autorización para formar su Real Consulado con jurisdicción sobre un territorio similar al de la Intendencia de Guadalajara, los comerciantes obtuvieron una institución gremial independiente que les permitió ejercer el monopolio del comercio intrarregional y de los intercambios con otras regiones. Pero no sólo en su *hinterland* habitual. A partir del último tercio del siglo XVIII la región "tapatía" se expandió de manera notable: a ella se incorporó la inmensa franja del extremo occidental que empezaba a ser colonizada por los misioneros de la Compañía de Jesús (Berthe, 1973; Olveda, 1991). Desde entonces la costa del Pacífico se convirtió en una de las posibilidades siempre presentes, aunque menos evidentes, del desarrollo comercial y manufacturero tapatío.

Guadalajara era también el lugar de residencia estable de la élite regional, donde coincidían clérigos, funcionarios, militares, mineros, pero donde se destacaban los comerciantes, sobre todo aquellos que eran a la vez hacendados (*Ib.*).

El epicentro de la actividad del comerciante-hacendado era sin duda la gran tienda que cada uno de ellos poseía, de ser posible, en los portales del centro de la ciudad, allí donde coexistía el uso residencial, en la parte alta de los edificios, con el

comercial que se llevaba a cabo en los locales amplios pero austeramente arreglados de las plantas bajas.

La tienda era el lugar de salida de los productos agropecuarios que se producían en sus prósperas haciendas, sobre todo de las más pródigas que se encontraban en los alrededores de Guadalajara (*Ib.*); era el ámbito donde se manejaba la introducción legal e ilegal de productos importados y la producción local de manufacturas; era la institución que ejercía las funciones de préstamo y habilitamiento para las actividades urbanas y rurales. Manejar capitales importantes resultaba crucial en una época en que la capacidad de consumo se regía por dos principios: los períodos, previsibles, de los cambios de temporada, que hacían descender drásticamente las ventas en el período de lluvias y, los imprevisibles, que se relacionaban con la calidad del año agrícola.

Desde la tienda, a su vez, salían los recursos y relaciones que incrementaban la participación de sus propietarios en las diversas empresas de la época: minería, compra de puestos y servicios municipales, adquisición de propiedades en el campo y en la ciudad (*Ib.*).

Esta residencia urbana de la élite contribuyó al indudable mejoramiento que experimentó la ciudad desde las postrimerías del siglo XVIII: junto al embellecimiento residencial, la construcción de nuevas iglesias, conventos y edificios oficiales, se incrementó la cantidad y calidad de los servicios públicos: puentes, empedrado de calles, paseos, caminos, sobre todo el de México, por la ruta de San Juan de los Lagos (Muría, 1982).

Como quiera, "Las Armas", como se llamaba el distrito más céntrico y próspero de la ciudad, no era homogéneo. Si bien allí vivían y tenían sus establecimientos comerciales y profesionales casi todos los miembros de la élite local, también es cierto que se podía encontrar a pequeños artesanos que rentaban una accesoria o empleados que alquilaban un cuarto para vivir o que de plano pasaban sus noches debajo del mostrador de las tiendas



Foto de principios de siglo de la zona del actual San Juan de Dios.

donde prestaban sus servicios durante el día (Anderson, 1983).

No obstante los avatares de la Guerra de Independencia, don Victoriano Roa señalaba, en 1822-23, que Guadalajara era "grande, poblada,...con calles rectas y espaciosas" y enlistaba algunos servicios y establecimientos: catorce plazas, en dos de las cuales se ubicaban mercados; nueve portales en el centro que no tienen "igual en ninguna ciudad de la República"; doce fuentes públicas, con agua "buena y saludable"; dos paseos, rodeados de árboles, un coliseo, un teatro, una plaza de gallos, que ocasionalmente albergaba algún circo; cuatro iglesias (incluida la Catedral), cinco parroquias, siete conventos de religiosos y otros tantos de religiosas, tres colegios para hombres y dos para mujeres, además de la Universidad. Las calles estaban invariablemente limpias y en la noche bien iluminadas.

La seguridad pública tampoco dejaba que de-sear: los "léperos" que pululaban por allí durante el día, eran rápidamente espantados por un contingente de alcaldes, comisarios de policía, auxiliares y serenos se encargaban de velar por el orden y la seguridad urbana (Roa, 1981). No dejaban ni un día de prestar servicios los entonces flamantes y siempre importantes Hospital de Belén y el Hospital Cabañas.

El comercio de pequeña escala que se ejercía en los tendidos de los mercados, en los portales y calles e incluso desde los conventos proveía a la

población de una amplia variedad de productos alimenticios que diversificaba la dieta tapatía: hortalizas y frutas de tierra caliente, pescado lagunero, dulces de leche y de variadas frutas, una de las mejores especialidades de la ciudad.

Con todas esas virtudes no es extraño que la Guadalajara de las dos primeras décadas del siglo desempeñara una función que a partir de entonces se volvió característica de la condición tapatía: servir de refugio a las inseguridades del mundo rural, en este caso suscitadas por la Guerra de Independencia. De hecho, a partir de 1803 el ritmo de crecimiento de Guadalajara fue el doble del de la Ciudad de México. De los 46 804 habitantes registrados en 1823 se pasó, apenas un lustro más tarde, en 1827, a 60 000 almas tapatías (Ward, 1989).

En verdad puede decirse que Guadalajara pudo aprovechar los impactos, ambiguos pero aprovechables, de los años de la insurgencia. Como todo el mundo sabe, la región tapatía resultó alejada de los principales escenarios belicosos. Quizá por eso mismo, la economía agropecuaria regional de la que la ciudad se nutría fue menos afectada que la de otras regiones y, a largo plazo, resultó poco conmovida por el rompimiento de la estructura económica colonial, de la que no era un elemento crucial.

La región y los comerciantes tapatíos resultaron más bien favorecidos por la desarticulación del sistema colonial. San Blas, un viejo puerto a 75 leguas de Guadalajara, que era utilizado por las expediciones a California y por los barcos panameños que iban rumbo al norte, fue habilitado en 1796 para el comercio de productos del Perú y Chile que estaba prohibido introducir por Acapulco (Moreno Toscano, 1972). En la práctica, San Blas formaba parte de esa serie de pequeños puertos del Pacífico por donde solían ingresar mercancías de contrabando a la región. Pero con la toma de Acapulco por Morelos en 1812, San Blas se convirtió en el único camino de ingreso de las mercancías que llegaban de Europa, Asia y las Antillas y que eran tan esperadas y bien recibidas en Guadalajara y en las ferias regionales que las diseminaban hacia el extenso norte.

El auge comercial por la apertura de San Blas aunque efímero (hasta 1815), fue muy intenso y resultó significativo en un doble sentido. Por una parte, contribuyó a mantener e incrementar el dinamismo de las economías urbana y rural en un

tiempo turbulento, donde otras regiones incluso cercanas, como el Bajío, caían en una postración que duró décadas. Por otra parte, la bonanza comercial alcanzó hasta el erario público, que pudo sufragar nuevas obras y servicios en la ciudad, incluso una Casa de Moneda, que aunque de corta vida dejó larga memoria (Muriá, 1982).

Pero San Blas fue significativo por otra razón más. A partir de 1813 fue el punto de ingreso al territorio de una treintena de comerciantes españoles y criollos que procedían de diferentes lugares de Centro y Sud América. Los más destacados fueron los de origen o procedencia panameña quienes, de acuerdo con Jaime Olveda, llegaron a renovar los sistemas de comercialización existentes hasta ese momento. Ellos, a diferencia de los comerciantes locales, solían estar relacionados y manejarse con capitales extranjeros, sobre todo los de origen inglés, y preferían las transacciones cuantiosas y al contado (*Ib.*). Sin dejar de ser comerciantes, algunos de ellos, como los Olasagarre y los Sotero Prieto aparecieron poco después asociados a los proyectos pioneros de la industrialización tapatía.

Así, la élite tapatía, aunque ni tan golpeada ni diezmada como en otras regiones, tuvo que aprender a convivir con los diversos sectores que llegaban o emergían en la vida social, económica y política. El nuevo tiempo, aunque balbuceante, impuso por ejemplo la desaparición de viejos privilegios institucionales, como el Consulado de Comerciantes en 1824. Esto y la libertad de comercio acarrió la llegada a la capital, ahora jalisciense, de otras gentes y diferentes maneras de hacer negocios.

La abundancia de crónicas realizadas por extranjeros en las décadas 1820-1860 no es casual. Como es bien sabido, varios de los exploradores y naturalistas que visitaron México formaban parte de la avanzada de reconocimiento para la instalación de negocios en el naciente y prometedor país. Desde el punto de vista de Inglaterra, la principal potencia industrial del momento y, en menor medida, de Estados Unidos, se trataba de abrir mercados para su producción manufacturera diversificada, sus servicios modernos, sus proyectos financieros.

En la Guadalajara de 1823, constataron Ward y Hale Hardy, que apenas existía una casa comercial extranjera: la del señor Richtie, agente de una compañía aviadora inglesa, al que le había costado mucho trabajo abrirse camino en el comercio local

dominado por criollos y españoles (Hale Hardy, 1989). Un año más tarde J. Penny, un comerciante inglés, daba cuenta de algunas de sus vicisitudes en una tierra hasta entonces poco frecuentada por foráneos, pero también de sus éxitos: las mercancías que habían introducido a través de la ciudad de México, Tampico y San Luis Potosí, habían sido vendidas a los pequeños comerciantes locales y regionales, que hicieron compras por un promedio diario de cinco mil dólares; resultado que les permitió a los comerciantes ingleses alquilar una tienda grande, con la que además de buenas ventas lograron darse a conocer en la ciudad (Penny, 1989).

II. La manufactura y la artesanía urbanas

Los extranjeros así llegados a la ciudad solían complementar la venta de productos foráneos con la compra de artículos locales, que se iban en calidad de "muestras" al extranjero, con la intención, quizá, de promover su exportación, aunque en realidad eso nunca sucedió. Por lo regular, se trataba de objetos de origen artesanal, que tenían cierto renombre, como los de los talabarteros o repujadores de cuero, "cuyas hermosas labores son justamente encomiadas" decía Lyon en 1826. Para conseguir las manufacturas se podía acudir directamente a los barrios donde vivían los productores, con la esperanza, bien cumplida, de obtener mejores precios, o bien a los afamados locales alrededor de la Plaza de San Agustín, el lugar tradicional de los "efectos del país".

En general, en la capital tapatía existió una tradición artesanal y manufacturera diversificada y de pequeña escala suficiente y eficiente para garantizar el abasto urbano de los sectores medios y populares que no tenían acceso a los productos de importación. Así, había buenos barberos, carpinteros, cereros, curtidores, fundidores, herreros, obrajeros, panaderos, plateros, sastres, silleros, sombrereros, zapateros, que lo mismo aceptaban la hechura de piezas nuevas como la reparación de las que el tiempo y el uso deterioraban. Pero había otros productos, como la loza porosa de barro que se elaboraba en Guadalajara, en San Pedro y en Tonalá, que tenía un mercado más amplio, que se vendía muy bien en las regiones del México central y del Pacífico (Ward, 1827).

Aunque había de todo, llamaba la atención la

abundancia del trabajo textil y la calidad de los artículos de cuero. La producción textil, que podría decirse que había empezado a desarrollarse en forma de empresa en el último tercio del siglo XVIII, cuando siete connotados comerciantes de Guadalajara fundaron una fábrica para "manufacturar de su cuenta en esta ciudad toda suerte de generos de lana, algodón, corambre y demás" (Castañeda, 1980) no había logrado afianzarse. En verdad, hacia 1812 languidecía en una irremediable decadencia suscitada por la apertura de San Blas a la que siguió la importación legal e ilegal de la manta extranjera que llegada de Estados Unidos e Inglaterra empezó a animar la vida del propio San Blas y de la población de Tepic, en detrimento de la producción y los productores tapatíos.

Como quiera, en los barrios populares todavía abundaban los pequeños talleres donde se elaboraban buenas cantidades de rebozos y "tápalos", unos "chales de calicot listado muy usado por las mujeres de la clase baja" (Lyon, 1989). En muchas de las casitas de los suburbios, decía el mismo Lyon, las familias tejían sarapes en telares muy primitivos: allí, "un individuo, hombre o mujer, sentado, cardaba la lana; otro la hilaba, un tercero liaba el huso y los otros tejían cantando" (*Ib.*).

Quizá menos abundantes, pero más afamados, eran los variados artículos de cuero, en especial las "botas vaqueras...adornadas de dibujos o de bordados que se enrollan alrededor de los pies cuando se va de viaje" (Loewenstern, 1989). La cercanía y vinculación con regiones ganaderas que distribuían sus animales a través de Guadalajara fue lo que propició seguramente el surgimiento de tradiciones manufactureras urbanas ligadas al procesamiento y a la transformación de las pieles: curtidurías y tenerías que convertían las pieles vacunas en cordobanes, badanas y baquetas que servían para que los jarcieros, repujadores de cuero, talabarteros y zapateros hicieran prendas de vestir de uso cotidiano y de días de fiesta y artículos de trabajo para una sociedad necesitada de múltiples instrumentos para los quehaceres del campo y la ciudad.

La proximidad espacial que existía entre oficiales y aprendices ayudaba también a establecer y mantener relaciones de trabajo al interior de cada giro. Por lo regular los inmigrantes conocedores de algún oficio tendían también a ubicarse en asentamientos donde había colegas. A Isodore Loewenstern, que conoció la ciudad en 1838, le llamó la atención la concentración de oficios por barrio.

Aunque Rodney Anderson le ha puesto proporciones precisas que matizan la generalización, no cabe duda que algo había de eso.

En 1821-22, en el centro mismo de la ciudad, en "Las Armas", había vecindarios donde proliferaban albañiles y zapateros pobres y familias obrajeras. Hacia el norte, en el barrio del Sagrario, por ejemplo, se encontraba la Real Fábrica de Tabacos. La situación era más nítida y diversificada hacia el norte de la ciudad. Allí en el Barrio del Santuario, donde solían llegar los inmigrantes de reciente ingreso a la vida urbana, se ubicaba casi un tercio de los trabajadores empleados en la industria alimenticia y de la construcción, casi la mitad de los obrajeros y otros textiles y una proporción similar de los trabajadores de la industria química y de los trabajadores del transporte (Anderson, 1983). El Santuario era un territorio de trabajadores, tanto de aquellos que recibían "tareas" y encargos en sus domicilios, como de los que debían salir día con día en busca de empleo. Al oeste del Sagrario, en una sección de la Capilla de Jesús donde empezaban a diluirse las fronteras entre lo urbano y lo rural, se concentraba un buen número de jornaleros, labradores además de albañiles y obrajeros (*Ib.*).

La gente de Mexicaltzingo, en cambio, vivía de los beneficios de la agricultura, pero también de la curtiembre de pieles. Lo cierto es que la mitad de los curtidores residía en ese distrito sexto de la ciudad. Allí se encontraban dos de las grandes curtidurías de la época: la de don Angel Villaseñor, valuada en treinta y cinco mil pesos, y la de don Blas Saliente (*Ib.*). En Analco, el otro barrio indígena de la ciudad, los pobladores se dedicaban a la elaboración de textiles, de artículos de talabartería, a la confección de ropa y a actividades relacionadas con la construcción (*Ib.*).

En general, los hombres trabajaban en casi un centenar de diferentes actividades (92 ocupaciones). Los más jóvenes solían ubicarse en las tareas de la construcción y en la producción zapatera, donde era relativamente sencillo ingresar a laborar con escasos recursos. Los más viejos se encontraban en la albañilería, aunque también en los oficios aún controlados por los gremios: barberos, cocheros, sombrereros (*Ib.*).

Las mujeres trabajadoras, que tendían a concentrarse en los Barrios del Santuario y la Capilla de Jesús, se empleaban en 38 distintas actividades, que se parecían en cuanto eran de un modo u otro una

prolongación de quehaceres domésticos, realizados en la casa propia o ajena: tortillera, hilandera, cocinera, costurera, obrajera, sirvienta. Una excepción importante era el comercio, al que se dedicaba, de acuerdo a la muestra de Anderson, más de la mitad (62.5%) de las mujeres que estaban al frente de sus familias en 1821 (*ib.*). El trabajo femenino, como se sabe, solía estar asociado a viudez, en gran medida a desamparo.

Aunque sea difícil definir la categoría precisa de los trabajadores de la ciudad en la segunda década del siglo, hay algo de lo que no cabe duda: la estructura gremial de la que habían formado parte se encontraba en franco deterioro. Y esto por dos razones, una de origen externo, la otra de carácter local, aunque correspondía a un proceso más general. La introducción de mercancías extranjeras, legales e ilegales, había afectado el dinamismo de la manufactura tapatía, sobre todo, como se ha mencionado, en lo que respecta a la producción textil, que poco podía hacer frente a mantas y otras telas que llegaban de Estados Unidos e Inglaterra por los puertos del Pacífico y a través de tierra adentro, desde Tampico, Soto La Marina y El Refugio, en la costa oriental del país (Ward, 1989).

Pero además, el crecimiento sostenido de la economía tapatía desde el último tercio del siglo XVIII había ampliado la demanda de productos manufacturados. Pero en Guadalajara, como en otras ciudades del país, el tiempo de bonanza fue aprovechado sobre todo por los comerciantes. Su control sobre el crédito les permitió empezar a financiar a los artesanos, dentro y fuera de la organización gremial, para que los abastecieran de los muchos productos que se podían vender en sus casas comerciales. Aprendices principiantes o que no tenían los recursos para pagar el examen fueron habilitados para elaborar productos que, al margen de las normas y restricciones gremiales, resultaban evidentemente más baratos. Otros simplemente salían a ofrecer su producción por las calles de la ciudad (Anderson, 1983).

Aunque los gremios se dieron perfecta cuenta de lo que esto significaba para ellos y para la manufactura que practicaban, poco pudieron hacer para modificar la situación, aparte de presentar innumerables quejas al cabildo. La abolición de la estructura gremial sólo llegó a sancionar una situación de hecho: la penetración del comercio en la producción que significaba el fin de la actividad artesanal como un quehacer independiente.

Pero esto no significó la desaparición de la pequeña empresa. A principios de la década de 1840 el taller seguía siendo la principal figura y modalidad productiva urbana y los rebozos, sarapes, los artículos de cuero y los trabajos de carpintería, los más renombrados de la ciudad.

En verdad, la Guadalajara de ese tiempo, con un comercio menos floreciente que en momentos anteriores, pero en cualquier caso inigualable en todo su amplio territorio, debía parte de su sustento a las actividades manufactureras de pequeña escala.

De acuerdo con la Estadística de don Longinos Banda, en la Guadalajara de 1856, existían 4 establecimientos de armeros, 28 barberos, 11 boticas, 1 batejería, 1 cordería, 4 carrocerías, 3 coheterías, 3 doraduras, 6 de escultura, 5 de encuadernación, 4 fábricas de sillas de tule, 3 de fideo, 1 de cerveza, 5 de velas de sebo, 2 de velas de cera, 14 de sombrero, 10 figones, 5 de herrador y albeitar, 21 de herrería, 15 de hojalatería, 4 imprentas, 1 de latonería y fundición, 1 molino de aceite, 2 neverías, 22 panaderías, 1 pastelería, 4 tintorerías, 12 platerías, 4 relojerías, 71 rebocerías de seda y algodón, 32 sastrerías, 11 tenerías, 2 establecimientos de modistas, 16 talabarterías, 21 zapaterías (Banda, 1982). En total, 350 talleres de 35 diferentes especialidades se encargaban de abastecer las necesidades de una población urbana de alrededor de sesenta mil almas.

Como quiera, el área central y comercial fue la que siguió llamando la atención de los visitantes, en especial de los extranjeros, que con los años y el cambio en los ejes internacionales de la producción y las finanzas, hicieron común y bien recibida la presencia de alemanes, norteamericanos, franceses e ingleses en el territorio jalisciense. En verdad, puede decirse que apellidos de origen europeo y norteamericano empezaron a figurar entre lo más selecto de los directorios comerciales (González, 1981).

Entre ellos empezaban a dejarse sentir, pero todavía sin llamar demasiado la atención, los franceses que a partir del comercio al menudeo habían comenzado a apoderarse de algunas manufacturas, en especial de una de las que daba más renombre en el exterior y más empleo en la ciudad: la rebocería. A fines de 1849, los señores Carlos Tarel, Duprat, Magnin, Lyon y Fortul, todos de origen francés, fundaron una compañía propietaria de la "Fábrica de Rebozos de seda de Tarel y



Calle de Morelos en el centro de la ciudad.

Cía", sin duda una empresa grande, donde trabajaban cerca de quinientos operarios (Olveda, 1981).

Aunque a raíz de la restauración de la república, los comerciantes franceses tuvieron que salir del país, al menos, por una temporada, en la práctica, lo que se reforzó fue el predominio de un sólo grupo de galos: los "barcelonettes", que empezaron a cobrar una importancia comercial cada vez más decisiva (Gouy, 1980).

Don Longinos Banda enlistaba los siguientes establecimientos comerciales: 6 almacenes, 6 de géneros, 8 de sedas, 24 mercerías, 4 de libros, 10 de juguetes, 13 de dulces, 44 de zapatos, 50 carnicerías, 3 chocolaterías, 5 escritorios, 1 expendio de cerveza, 4 de paja, 5 de madera y cal, 1 ferretería, 42 maicerías, 20 puestos de ropa, 5 de fierros, 9 de jarcía, 16 de frutas y semillas, 14 de loza, 50 tiendas de ropa, 90 tiendas de abarrotes y mixtas, 13 de pieles, 2 de velas de cera, 224 tendajones, 26 tocinerías, 34 vinaterías. Así, los tapatíos que tenían que hacer sus compras en 1856 podían acudir a 729 locales comerciales de 28 diferentes giros en busca de sus bienes básicos de consumo, pero también de materias primas e instrumentos de trabajo que se requerían en los talleres.

Pero no todo era laborar y consumir. La ciudad disponía asimismo de otros necesarios servicios: 17 baños y lavaderos, 10 casas de empeño, 8 mesas de billar, 1 palenque de gallos. Para desplazarse, había un sitio con 58 coches de alquiler, además,

como ahora, de los "libres" que ofrecían trasladar a la gente dentro y fuera de la ciudad (*lb.*).

Ahora que si usted llegaba de visita y de acuerdo a lo que lo trajera a Guadalajara, podía acudir a los servicios que le proporcionaban 17 encierros de bestias, imprescindibles en un mundo todavía de arrieros, 1 fonda, 3 hospederías y hoteles, 9 mesones (*lb.*).

Este paisaje y ritmo de vida empezó a ser alterado desde el principio de la década de 1840, cuando propios y extraños supieron e hicieron correr una noticia: en las afueras, hacia el despoblado norte de la ciudad, se había iniciado la construcción de las que fueron las tres primeras fábricas de la región tapatía: dos empresas textiles y una de papel, las tres con tecnología y métodos modernos de fabricación, además de establecimientos amplios y especialmente construidos para albergar trabajadores, maquinaria y materias primas en grandes cantidades.

Así, el espacio tapatío empezó a incluir por primera vez altas chimeneas y los sonidos habituales, todavía de tono muy rural, a entremezclarse con el de las ruidosas e incesantes máquinas.

III. La opción por la industria

El asombro no era casual y no sólo porque nada de eso se había visto antes por allí. Mostraba además que un sector de los empresarios tapatíos se sumaba a la propuesta nacional, encabezada entonces por el presidente Anastasio Bustamante, que procuraba el desarrollo del país por la vía de la industrialización. Como se sabe, el cerebro e impulsor de este proyecto a nivel nacional era el ministro de Relaciones Interiores y Exteriores, don Lucas Alamán. Con la creación, en 1830, del Banco de Avío, para el fomento de la industria nacional, se inició, dicen varios autores, la revolución industrial en México (Durand, 1986).

En este mismo espíritu, el gobierno estatal, por su parte, decretó, en 1832, una exención de cargas concejiles para "todo individuo que estableciera en el estado, taller de rebocería de seda, de lencería, de paños de primera, de segunda o del conocido bajo el nombre de Querétaro" (*lb.*). Poco después, el Congreso autorizó la compra, con fondos del erario público, de dos acciones integras, a la compañía que se estableciera en el Estado con el fin de fomentar la industria agrícola y fabril (*lb.*).

Los estímulos y seguridades ofrecidas tuvieron buena acogida entre algunos connotados comerciantes que incluso desde esa posición y a través de las Juntas de Fomento de Guadalajara, habían buscado la manera de controlar y en verdad reducir el tráfico ilegal de mercancías, que afectaba tanto sus intereses como los recursos del erario estatal. Así, el 6 de septiembre de 1840 se fundó en Guadalajara y con el beneplácito oficial, una Junta de Industria, que encabezada por don José Palomar, se manifestó "a favor de las leyes prohibitivas, de la difusión de los conocimientos que fomentaran la industria, del establecimiento de escuelas de artes y oficios y en contra del tráfico clandestino" (Olveda, 1991).

Pero si bien los comerciantes, por su quehacer mercantil, que era además financiero, no padecían de falta de capital, no se escapaban de otra severísima limitación de la época: la escasez de las vías de comunicación y la precariedad del transporte. A mediados del siglo apenas tres caminos, de regulares condiciones, salían de Guadalajara: el de México, que a través de Los Altos llegaba, pasando por San Pedro, hasta Guadalajara para seguir rumbo a San Blas; el de Guadalajara a Tonila; y el de Guadalajara a Zacatecas (González, 1981). El transporte, por su parte, no hacía más que agravar la incomunicación: los fletes, "caros, lentos e insuficientes" dificultaban el desplazamiento y el movimiento de productos incluso entre las diversas regiones del estado (Ib.).

A pesar de todo, el 18 de octubre de 1841 comenzó la construcción de la fábrica de hilados y tejidos "La Prosperidad Jalisciense", nombre muy del espíritu de la época, pero que fue más conocida como "Atemajac", por el lugar donde se ubicó; un enorme terreno, en las cercanías del río Zoquiapan, a cuatro kilómetros al noroeste de Guadalajara (Bullock, 1989). La obra, a cargo del Ingeniero Carlos Halbroock, se localizó en una elevación del terreno, pero al lado de una corriente de agua, indispensable para el funcionamiento de la maquinaria, que ya se acercaba trabajosamente desde San Blas.

El conjunto industrial incluía el edificio propiamente fabril, "bastante imponente, y...que... con las casas del exterior, las oficinas y la residencia del administrador, forma tres lados de un cuadrado, cuyo centro casi lo llena un bosquecillo de naranjos", cuyo olor de azahar podía, en opinión del relator, mitigar "...la fea vida de fábrica" (Ib.). Uno

de los propietarios de la fábrica textil y sin duda su principal promotor era don José Palomar, que para ello había fundado una compañía industrial encabezada por él, pero donde participaba otro de los comerciantes más prósperos de la ciudad y padre de otro de los industriales pioneros: don Francisco Martínez Negrete (Olveda, 1991). Don José Palomar era uno de los comerciantes, en verdad empresario, con intereses múltiples, más reconocidos de la ciudad.

"La Prosperidad Jalisciense" empezó a trabajar en 1843 con cuatro mil husos y 48 telares de poder, que estaban a cargo de un director, un tejedor, un cardador, un herrero y 210 operarios. El capital inicial de la compañía había sido de \$ 300 000 a los que se sumaban los \$ 220 000 de la maquinaria (Banda, 1982).

Una década más tarde, en 1853, don José Palomar le informaba a don Longinos Banda que para hacer trabajar los 3600 husos que estaban en movimiento en ese momento, se requerían 4600 quintales de algodón al año, con los cuales se elaboraban 52 970 libras de hilaza, 3 487 libras de cordón y 33 048 piezas de manta (Ib.).

Aunque la producción había experimentado severas fluctuaciones en su corta vida, el número de empleados se había mantenido constante y el de operarios había aumentado a 285, quienes recibían una raya semanal de \$ 1 210 (Ib.). En la fábrica de "calicó", como se la llamaba familiarmente, trabajaban hombres y mujeres y se decía que era la que tenía los salarios más altos de la ciudad (Aldana Rendón, 1980).

Un kilómetro al noreste de Atemajac se ubicó otra de las industrias pioneras, que empezó a trabajar un poco después, en 1844: la fábrica de papel de El Batán. La proximidad no era sólo física. En verdad, ambas formaban parte de la misma compañía industrial y la principal materia prima de El Batán era el desperdicio de algodón de Atemajac, que servía para elaborar papel de cigarro y "común de escribir y de envolver" (Banda, 1982; Bullock, 1865). En 1854, cuando la maquinaria fabril tenía un valor de \$ 320 000 y trabajaban alrededor de 150 operarios y dos empleados, la empresa consumió 16 017 arrobas de hilacha para producir, hasta septiembre de ese año, 30 781 resmas de papel (Banda, 1982).

Pero no sólo don José Palomar había sido tocado por el impulso industrializador. En 1840, otro grupo de empresarios, formado por gente de

la localidad -don Manuel Jesús Olasagarre, don Sotero Prieto y don Francisco Vallejo- y de la Ciudad de México -don Manuel Escandón y don Julio Moyssard-, formaron la compañía textil que les permitió fundar tres años más tarde, en 1843, la fábrica de hilados y tejidos "La Escoba", ubicada a cinco leguas y media al noroeste de Guadalajara en los terrenos de una hacienda, La Magdalena (Bárcena, 1954; Durand, 1986; Olveda, 1991). El nombre de la fábrica se debió a la peculiaridad de La Magdalena, donde la pobreza del suelo sólo permitía hacer crecer la gramínea que da el popote (Bárcena, 1954). Pero en poco tiempo el área fue totalmente transformada: allí se "plantó un hermoso bosque de cedros, de naranjos y de nogales... poblado un espacioso terreno que hoy forma un elegante parque en los bordes de la presa que surte de agua a la fábrica" (*ib.*).

Los principales accionistas de la compañía eran el comerciante tapatío don Manuel Jesús Olasagarre y el multifacético empresario capitalino don Manuel Escandón.

Entre ambos, dice Jaime Olveda, controlaban más de las dos terceras partes (80 por ciento) del capital fabril. Don Manuel Jesús puso el terreno y se encargaba de la administración; Escandón, por su parte, invirtió \$ 132 000, pero era además el que controlaba los puertos de San Blas y Mazatlán. De esta manera "La Escoba" solía servir de fachada para la introducción y "nacionalización" de las telas que se introducían de contrabando al país.

De cualquier modo, la fábrica que empezó con dos mil husos y 1342 telares de poder en 1843, tenía, una década más tarde, en 1854, 3300 y 69 respectivamente, que consumían 6 500 quintales de algodón. De ese modo, y gracias al trabajo de 809 empleados y operarios, se producían 620 000 libras de hilaza y 28 000 piezas de manta anuales (Banda, 1982).

Hacia el final de la década, en 1850, pero esta vez en la ciudad, se instaló otra empresa textil: "La Caja de Agua", de don Vicente Munguía, que se ubicaba junto al edificio conocido con ese nombre, en un local "amplio...con varios salones, grandes patios y una huerta espaciosa" (Bárcena, 1954). Al parecer se trató en un principio de una fábrica de rebozos de seda que en poco más de diez años derivó hacia la producción de hilados y tejidos de algodón y lana (*ib.*).

Por si fuera poco, en 1852, don Manuel Jesús

Olasagarre otra vez, pero ahora en compañía de don Sotero Prieto, don Daniel Lowere y don Vicente Ortigosa, formaron una sociedad para fundar "La Experiencia", empresa textil ubicada a una y medias leguas de Guadalajara y a una milla hacia el norte de "El Batán", siguiendo el curso del mismo riachuelo de Atemajac (Bárcena, 1954; Olveda, 1991).

Poco después, en 1854, cuando la maquinaria y edificios registraban un valor de \$ 70 000, "La Experiencia" tenía 792 husos en movimiento que requerían de 1 110 quintales de algodón, a partir de los cuales 50 empleados y operarios producían 90 000 libras de hilaza anuales (Bárcena, 1954).

Finalmente, una década más tarde, en 1866, los Señores Lowere Hermanos, hijos de un norteamericano vecindado en la ciudad, fundaron una fábrica de hilados en El Salto, también al norte de la ciudad. Diez años más tarde, en 1876, fue trasladada al lugar que le dio su nombre: Fábrica de Hilados de "Río Grande", que con 396 husos producía hilaza y pabilo "sin mezcla de borra" (*ib.*).

La localización de esas primeras fábricas no era casual. Respondía a una necesidad y a una lógica de su tiempo: por una parte, las nacientes industrias requerían de la proximidad a manantiales o riachuelos, que les permitieran utilizar la fuerza hidráulica para sus flamantes y abundantes máquinas. Por otra, los empresarios habían importado de Inglaterra no sólo la maquinaria sino también el modelo más moderno en ese entonces de relaciones obrero-patronales, que exigía terrenos amplios, en verdad enormes: la colonia industrial, sistema que involucraba toda la vida de los trabajadores, es decir, donde los ámbitos de trabajo, residencia, diversión, estaban no sólo próximos entre sí, sino además separados del resto de la población.

El modelo de colonia industrial importado de Inglaterra como el sistema de trabajo racional y reformista, era una vía probada de eficiencia industrial, que permitía obtener altos rendimientos en la productividad del trabajo. Era además un modelo exitoso de un orden social privatizado basado en el control, la protección y la coerción de los trabajadores. Aparecía como un medio ideal para inculcarle a los trabajadores de la nueva industria el sistema de fábrica y el ritmo de la vida industrial. Por si fuera poco, ayudaba a atacar varios "males"

de la época: el alcoholismo masculino, la prostitución femenina, la ociosidad de ambos (Durand, 1986).

Pero la adaptación del modelo fue más que una imposición. De hecho, respondió a esa etapa turbulenta de la vida nacional cuando el estado estaba incapacitado para garantizar la seguridad política y en general pública de la sociedad. La privatización, es decir, la delegación en los particulares del control del orden social, fue entonces la solución negociada para echar a andar el nuevo modelo de desarrollo.

Un buen ejemplo de colonia industrial fue sin duda "La Prosperidad Jalisciense". Allí, además del amplio edificio especialmente diseñado para producir, había una muralla con "hermoso enverjado de hierro" que se cerraba cada noche. Adentro quedaban una "plaza adornada con hileras de naranjos de otros árboles...y en el centro...una fuente", la casa de los señores Palomar, la capilla de la fábrica, la casa del padre capellán, las escuelas, una de las cuales era costeadada por la compañía y la otra por los trabajadores (Bárcena, 1954). Estaban también, en orden y tamaño decreciente, las casas de los técnicos, empleados y, en las orillas, las "cuadras", donde se aglomeraban las pequeñas casitas de los trabajadores. Aunque irremediablemente iguales, los trabajadores se encargaban de colocar el adorno, la imagen, las macetas, que las hacían distintas.

El sistema de colonia era ciertamente oneroso para el industrial, que tenía que hacerse cargo de los costos residenciales, religiosos, ceremoniales, educativos y de la salud de sus trabajadores y sus familias. Pero tenía sus recompensas. El propietario era la autoridad indiscutible de la colonia industrial, la figura que imponía las normas, definía los límites y asignaba las obligaciones tanto en el local de trabajo como en la vida extralaboral de sus trabajadores. Fue una de las etapas donde mejor se ejerció el paternalismo empresarial. Y lo cierto es que los industriales pioneros pasaron en muy buena estima al recuerdo de las siguientes generaciones de trabajadores. Los obreros de Atemajac, por ejemplo, años después de su muerte, se referían a don José Palomar como "nuestro querido benefactor y padre filantrópico" (Durand, 1986).

El otro factor que seguramente contribuyó al éxito de la colonia industrial fue la condición de penuria e inseguridad en que vivían los pobres del campo y la ciudad, que pasaban verdaderas angus-

tias para apenas sobrevivir. En este ambiente, la colonia industrial, aunque coercitiva y vigilante, era una alternativa de trabajo y de seguridad residencial.

Sin duda, uno de los sectores que resultó más golpeado por la puesta en marcha de las grandes fábricas fueron los artesanos textiles, las innumerables familias que habían vivido del hilado y el tejido de prendas. Quizá la huida de artesanos que señala Mariano Bárcena -y de la cual no hay otra referencia- indique sobre todo el momento de la extinción de ese oficio en la ciudad. Por su parte, el modelo de colonia industrial no duró demasiado y tampoco la gran industria tendió a consolidarse y menos aún a reproducirse en la ciudad.

IV. De la Reforma al Porfiriato

Como todo el mundo sabe, durante las décadas siguientes y en realidad hasta el inicio del porfiriato, la vida nacional y regional estuvo marcada por la inestabilidad política, la estrechez del erario nacional que impedía mantener posiciones consistentes en cuanto al modelo de desarrollo, las presiones internacionales que terminaron en intervenciones, que dividieron y enfrentaron a los nacionales e hicieron cundir la pobreza y la inseguridad en el campo y la ciudad. Este panorama repercutió en la inversión y las industrias pioneras se dedicaron a sobrevivir, en medio de incesantes problemas de materias primas, de mercados estrechos, empobrecidos y donde el contrabando seguía siendo una práctica generalizada de comercio.

Por otra parte, los recursos de la gente de dinero se destinaron como nunca antes, a la compra de los bienes de la iglesia. Las reformas liberales convirtieron a los comerciantes tapatíos en los principales compradores de las innumerables casas, solares, mesones, locales, tiendas que ingresaron, por primera vez, al mercado inmobiliario. Las casas con altos del portal de San Agustín, relata Jaime Olveda (1991), fueron adquiridas con grandes facilidades y, a veces en especie, por sus arrendatarios, varios de ellos connotados comerciantes. En general, puede decirse que fue un período, muy bien utilizado por los comerciantes extranjeros también, para hacerse de locales propios en la ciudad.

Aun que a partir de 1867, con la restauración

del régimen republicano, "...se cerró de golpe una época cincuentona...y pendenciera" (González, 1981b), la vida económica siguió sin grandes novedades. A pesar de los esfuerzos nacionales por atraer capitales, por suprimir las alcabalas, por favorecer la industrialización, la verdad es que fue poco lo que se pudo lograr de manera efectiva (*Ib.*).

A nivel local, apenas unos cuantos intentaron crear nuevos establecimientos y distintos quehaceres. En realidad, hasta el inicio de la década de 1880 la ciudad no sufrió grandes mudanzas.

La mayor parte de los giros, crecieron por la demanda de una población creciente, pero sin que hubiera modificaciones significativas de la envergadura de los negocios.

V. Un retrato de 1880

Con motivo de la inauguración, el 10 de mayo de 1880, de la Segunda Exposición de Las Clases Productoras, don Mariano Bárcena, intelectual y político tapatío-amequense, recibió la encomienda presidencial de hacer un estudio de ese evento al que podía añadirle "todas aquellas observaciones...relativas al comercio, a la industria y a otras ramas dependientes del Ministerio de Fomento" (Páez Brotchie, 1954). El resultado fue un texto de más de cuatrocientas páginas que son un nítido e inteligente retrato de la vida tapatía en un momento que resultó un parteaguas: una Guadalajara que había comenzado a reponerse de los avatares de muchos años, pero donde aún no llegaban las expresiones de la modernidad porfirista que en la siguiente década (1880-1890) suscitaron una sucesión incesante de cambios. Sólo el telégrafo -fundado por la Compañía Telegráfica de Jalisco, presidida por don José Palomar-, que se estrenó el 10 de abril de 1868, era el indicio de la nueva era.

La capital de Jalisco reunía en ese año cuando menos ochenta mil habitantes, que se distribuían en alrededor de siete mil fincas de las poco más de ochocientas manzanas que formaban el perímetro urbano, sin contar templos ni edificios públicos. Aunque en notable crecimiento, la ciudad seguía dividida, como a principios del siglo, en sólo nueve cuarteles.

Tampoco el centro había cambiado mucho. Allí estaban los catorce portales de siempre, donde se concentraban las mejores tiendas de ropa, platerías, mercerías y jugueterías, que mantenían la vieja

costumbre de cerrar a mediodía, entre la una y las tres de la tarde para que sus dueños y empleados pudieran "tomar sus alimentos". Estaban también los "cajones" que se cerraban cada noche, con el propietario en las cercanías. Habían persistido además los vendedores de los afamados dulces, que los acompañaban con rebanadas de pastel y bebidas (Lewis Geiger, 1989; Gutiérrez, 1989). Llamaba mucho la atención la calidad de las figuras de barro que por allí se vendían: "trabajadores, arriero, mendigos, aguadores, carboneros, soldados" (Lewis Geiger, *Ib.*).

El incremento demográfico se manifestaba mejor quizá en la actividad de los tres principales mercados: el de San Juan de Dios, La Plaza de Venegas (o de la Independencia) que era un centro cotidiano activísimo para el mercadeo de aves, carnes, hortalizas, frutas y semillas y la Plaza de Toros (o Plaza de Alcalde), que era el lugar ideal para encontrar loza de Tonalá.

Pero ya no era suficiente. En ciertas calles empezaban a proliferar núcleos de "vendedores de verduras, semillas y otros artículos".

De acuerdo a la información que el Ayuntamiento le proporcionó a don Mariano Bárcena había en la ciudad 17 almacenes, 4 agencias de negocios, 1 agencia de publicaciones, 7 agencias de máquinas, 22 boticas, 2 boliches, 37 cantinas, 5 camiserías, 6 cervecerías, 3 cererías, 8 cafés, 5 chocolaterías, 5 depósitos de harina, 4 dulcerías, 25 empeños, 60 expendios de carne, 61 de carbón, 5 de cal, 7 de madera, 19 de pastura, 33 de loza común, 2 de cristal, 29 de leña, 94 de maíz, 5 de hilacha, 12 ferreterías corrientes, 3 ferreterías finas, 4 librerías, 8 mercerías, 1 marmolería, 4 mueblerías, 26 ordeñas de vacas, 3 pastelerías, 36 panaderías, 2 paragueros, 10 relojerías, 2 sederías, 16 sombrererías, 5 tocinerías, 4 tlalpaleras, 42 tortillerías, 39 tiendas de ropa, 80 tiendas de abarrotes, 27 tiendas mixtas, 12 tiendas de efectos del país, 15 tiendas de corambre, 11 tiendas de rebozos y tejidos de lana, 14 tiendas de jarcía, 439 tendajones, 48 vinaterías, sin contar, hacía constar don Mariano, muchos puestos que se encontraban en los mercados y en las alacenas de los portales. En total, había entonces 1335 establecimientos de 50 giros distintos, el doble de los que existían veinticinco años antes.

El sector alojamiento era otro ámbito que se había incrementado en número y calidad, de los establecimientos estaban: el "Hotel Hidalgo", de tres pisos, con 52 cuartos, donde se ubicaba la

administración del servicio de diligencias; "El Nuevo Mundo", con 40 cuartos, bodegas y caballerizas; "El Museo", con 19 cuartos, 3 bodegas, corrales y caballerizas y, "El Progreso", un antiguo mesón, con 40 cuartos, 2 bodegas y amplias caballerizas. En general, se reconocía la existencia de 28 mesones y 23 fondas.

El número y la variedad de giros industriales, en cambio, se había mantenido casi sin modificaciones: en 1880 había 348 establecimientos de 35 diferentes giros. El listado del Ayuntamiento, aunque incompleto, incluía 12 carrocerías, 80 carpinterías, 4 curtidurías, 2 doradurías, 4 encuadernaciones, 1 fábrica de medias, 3 de algodón, 1 de tejidos de seda, 38 de rebozos, 4 de jabón, 12 de velas, 1 de loza fina, 1 de vidrio, 3 de almidón, 1 de hielo, 2 de fustes, 2 de naipes, 1 de instrumentos musicales, 3 de toneles, 3 de pegadura, 1 de charoles, 3 de cerillos, 1 de chocolate, 3 de pastas de harina, 38 herrerías, 14 hojalaterías, 5 imprentas, 6 litografías, 2 latonerías, 3 molinos de harina, 12 platerías, 12 tabaquerías, 11 talabarterías, 2 tintorerías, 57 zapaterías.

De los talleres que fabricaban artículos de piel se reconocían los trabajos de don Fermín Spiero, don Julian Casillas, don Espiridión Arriera y don Antonio Lacroix. Entre los sastres, camiseros y sombrereros se destacaban don Mariano Azcárraga, Montes e Inostroza, Luz Martínez de Paéz, María O. de Esqueda y Teófilo Ibarra. Entre los que hacían conservas llamaban la atención don Tomás Villaseñor y don Rafael Alcázar y entre las y los que producían dulces eran famosos doña Mercedes Bahamondes, doña Gregoria Urzúa, don Lázaro Moreno y don Cenobio Rodríguez. Una carpintería y carrocería de muy buena reputación era la de don José M. Cano.

De manera incipiente, empezaban a llamar la atención la fábrica de almidón "La Vencedora"; la de cerámica "Las Delicias"; la de de vidrio "El Progreso", que elaboraba botellas, redomas y vasos; la fundición de metales de Pérez Dávalos.

De cualquier modo, en el caso de la manufactura más que crecimiento parecerían haberse dado recomodos, como resultado, señalaba el propio Bárcena, de la expansión de la demanda urbana y los nuevos usos de la población. Así habían tendido a crecer establecimientos como las carpinterías, carrocerías, herrerías, zapaterías, en detrimento de otras, anteriormente muy importantes, como la rebocería.

En el paisaje industrial las fábricas textiles, productoras sobre todo de manta, hilaza y pabilo, seguían siendo las más grandes y renombradas de la ciudad. De hecho, casi todas habían enviado muestras de sus productos a la Segunda Exposición de las Clases Productoras, que habían sido muy bien recibidos y comentados.

Estaban los artículos que se elaboraban en el amplio edificio de "La Escoba", empresa que había pasado a manos de los señores Fernández del Valle y Barrón. Allí, unos trescientos trabajadores, entre ellos mujeres que manejaban los telares, hilaban y tejían el algodón que llegaba de Colima, Autlán y Tepic, para producir un total anual de 143 592 kilos, que se distribuían entre cordón, hilazas, pabilo y, más que nada, piezas de manta gruesa y delgada. La producción de "La Escoba" se vendía en Jalisco y otros estados de la república.

Estaban también los productos de "Atemajac", que había seguido en manos de la familia originaria, aunque ahora de la siguiente generación: los señores Palomar y Gómez. La fábrica contaba con una fundición de hierro, que le permitía elaborar allí mismo las piezas que se descomponían. La producción anual, de la que se encargaban alrededor de doscientos trabajadores, era de 134 040 kilos, en especial de manta y, en menor medida, de hilazas y pabilo, que se vendían en el propio Jalisco, pero también en los estados vecinos: Guanajuato, Michoacán, San Luis Potosí y Zacatecas. Los productos de "Atemajac" habían ganado ya dos medallas de oro, dos de plata y una de bronce con mención honorífica.

"En la Caja de Agua", encabezada ahora por don Clemente Munguía, se hacían también hilados y tejidos y se trabajaba el algodón y la lana. En verdad, parece haber sido la más diversificada de todas: allí, se hacían alfombras, colchas de algodón de ambas fibras, manteles, mantillas para caballos, plaids, tapetes de colores y toallas. Cincuenta y seis trabajadores sacaban una producción diaria de cuarenta piezas, que se vendían a muy buen precio en las ciudades de Guadalajara y México.

"La Experiencia", por su parte, que para entonces y después de algunos cambios de propietario, pertenecía a don Francisco Martínez Negrete y Alba, era sin duda más pequeña que las anteriores y era sólo de hilados. Con 50 trabajadores -15 hombres, 30 mujeres y 5 niños- producía alrededor de treinta y tres mil kilos anuales de pabilo e hilaza, esta última muy bien apreciada en el mer-

cado. En la elaboración de hilaza y pabilo, trabajaba también la Fábrica de Hilados "Río Blanco" de los hermanos Lowere.

Otra empresa que seguía en actividad era "El Batán", que seguía perteneciendo a la compañía que la había fundado. Producía entre sesenta y ochenta mil resmas anuales de papel: cartón, de colores, estrasa, florete, de imprenta. En sus treinta años de vida, "El Batán" había acumulado varios premios: dos medallas de oro, una de plata y una de primera clase.

Este era el panorama de las fábricas que habían surgido en el transcurso de las décadas anteriores. A ellas se habían incorporado una nueva textil y algunas de otros giros.

Así, se había iniciado, al parecer no hacía mucho, la Fábrica de Hilados y Tejidos "La Productora", de don Liberato Munguía, que se localizaba en el centro de la ciudad. En un edificio amplio, todavía en etapa de construcción, se ubicaban 15 telares de pedal. Allí laboraban 60 trabajadores (30 hombres y treinta mujeres) encargados de producir alfombras, colchas, manteles, mantillas para caballos, plaids y toallas y se torcía seda. Los productos se vendían en Guadalajara, la capital del país y otras ciudades.

Seguramente la actividad más novedosa que empezó a desarrollarse en la ciudad fue la fabricación de cigarros. Relacionada con la expansión del cultivo en Nayarit, que hizo cundir el número de empresas de este giro en la región occidental, la cigarrería se convirtió inmediatamente en una importante fuente de empleo sobre todo femenino: alrededor de mil quinientos trabajadores, en buena medida mujeres, encontraron lugar en las filas de los cigarreros. De hecho, hasta bien entrado el siglo XX la cigarrería fue una actividad que ocupó enormes contingentes de mujeres. Las cigarreras tenían dos diferencias importantes con las textileras: se ubicaban en la ciudad y solían ser propiedad de una o dos personas más que de compañías. En 1880 había seis establecimientos que los elaboraban en Guadalajara, aunque eran cinco los más renombrados.

En 1864, don Leonardo Sandoval fundó "El Buen Gusto", que más tarde estuvo bajo la razón social de Sandoval, Franco y Cía. Localizada en un antiguo mesón, el de San Felipe, ocupaba una gran cantidad de operarios, en verdad trabajadoras: 540 mujeres y apenas 60 hombres. Con dos motores de vapor, una cortadora, una trituradora, una cor-

tadora de papel y la máquina de hacer cigarros, que utilizaba tabaco de Orizaba, se elaboraban 25 mil cajetillas cada día, que se consumían en Jalisco y otros estados. La siguiente en tamaño era "La Simpatía", fundada en 1873 por don Enrique de la Peña, empresa que en apenas siete años de existencia había acumulado varios premios: una medalla de oro, una de plata y dos reconocimientos. Allí, con un motor de vapor, tres cortadoras y tres trituradoras, 338 trabajadores consumían cada año unos \$125 000 de tabaco, que convertido en cigarros, se vendían en Colima, Chihuahua, Jalisco y Sinaloa.

La seguía la fábrica de tabacos "La Concha", de don Heraclio Farías, que producía cigarros y puros. Tenía un motor, tres cortadoras y tres trituradoras que daban trabajo a 310 trabajadores: 300 mujeres que torcían cigarro y diez hombres que elaboraban los puros. Unos y otros se vendían bien entre los fumadores de Jalisco y otros estados.

Los señores Robles y Matute, por su parte, establecieron en 1876 la fábrica de tabacos "La Flor de Orizaba", donde trabajaban 150 mujeres y 25 hombres. Gracias a ellos y a un motor, una cortadora y una trituradora se producían seiscientos cajetillas de cigarro cada día, que se consumían en el propio Jalisco.

Finalmente, habían empezado a gustar los cigarros de la fábrica más recientemente estrenada, "La Esperanza", de don Manuel Garibi, que con 96 trabajadores -80 mujeres y 16 hombres- producía entre cuatro y cinco mil pesos mensuales de cigarros.

Pero el retrato tapatío de 1880 empezó a cambiar de manera más que acelerada en los años siguientes. La sucesión de obras, proyectos y oportunidades cambiaron, quizá como nunca antes, el paisaje y el horizonte de los quehaceres y querer tapatíos

VI. Veinte años de porfiriato

Hoy por hoy a nadie le cabe duda que don Porfirio Díaz, a pesar de sus deficiencias originales, logró convertirse en el principal cacique de un país que estaba plagado de ellos, esa especie económica-política que tanto frenos había puesto a los esfuerzos de desarrollo y paz nacionales. En poco tiempo Díaz acabó con sus colegas militares, aplastó rebeliones indígenas, eliminó bandidos y salteadores.

Así, el general pudo garantizar la paz social, uno

de los principales anhelos de un país que llegaba al último tercio de un siglo turbulento, lo que iba a permitir a propios y a vecindados imaginar y echar a andar nuevas actividades y empresas. La elección, en 1887, del afamado general Ramón Corona como gobernador de la entidad vino a reafirmar la confianza de la sociedad jalisciense.

Aunque en el campo de la política no hubo tolerancia ni liberalidad, ésta pudo ejercerse sin contrapeso, en el ámbito de lo económico. El saneamiento de las finanzas públicas, por su parte, permitió al gobierno proponer y poner en marcha un proyecto de desarrollo que no estuviera sometido, como hasta entonces, por los avatares de un erario perennemente en crisis.

Consecuente con el lema de mucha administración y poca política, el régimen se preocupó por fomentar la hechura de la infraestructura necesaria para hacer posible la comunicación nacional, que era, desde su punto de vista, una de las bases para hacer del progreso una realidad.

La capital jalisciense fue sin duda una de las beneficiarias de las preocupaciones y obras de esa etapa porfiriana del fin de siglo, es decir, del período 1880-1900, cuando el desarrollo económico del país permitió ocultar las exclusiones sociales y políticas que suponía. La Guadalajara de esos años vivió un intenso período de crecimiento demográfico y de expansión y diversificación económicas. Los 75 000 tapatíos que existían en 1778, al inicio del porfiriato, se habían transformado en más de cien mil (101 208) a la vuelta del siglo. Con ellos, Guadalajara se convirtió desde entonces en la segunda ciudad más poblada del país, posición que hasta ese momento y desde tiempos lejanos, había mantenido la ciudad de Puebla.

En Guadalajara, las señales de progreso en el ámbito de los servicios se dejaron venir desde el primer lustro de la década. En 1884 hubo dos estrenos importantes: el teléfono y el alumbrado eléctrico en las calles del centro de la ciudad, sistema que en menos de una década, en 1893, se extendió a toda la ciudad. Para ello, claro, se habían tenido que hacer las obras que permitieron transformar la fuerza hidráulica del entonces bello y poderoso Salto de Juanacatlán (Caballero, 1989).

En verdad, la vida económica tapatía del período estuvo marcada por la confluencia de tres situaciones: la dinámica que desató la llegada del ferrocarril en 1888; la puesta en práctica de un Código de Comercio en 1899, que favoreció la formación de

sociedades anónimas; y una política hacendaria de apoyo sostenido a la industrialización del país.

Ocho años después de haberse iniciado los trabajos y aún sin estación ni bodegas en la ciudad, el Ferrocarril Central Mexicano, pisó suelo tapatío el 15 de mayo de 1888. En él habían hecho los 280 kilómetros del ramal Irapuato-Guadalajara los ministros don Manuel Romero Rubio, de Gobernación, don Joaquín Baranda y don Carlos Pacheco que, con la representación del Presidente de la República, dieron por inaugurado el servicio público entre Guadalajara y la Ciudad de México, que empezó a funcionar de manera regular pocos días después: el 21 de mayo de 1888.

La llegada del ferrocarril era sin duda un acontecimiento inédito en la ciudad, que no las noticias de su significado. De las ciudades de Veracruz y las más cercanas de León y Aguascalientes, donde el ferrocarril había llegado poco antes (1882 y 1883 respectivamente), se empezaban a conocer algunos de sus impactos sobre las vidas comercial e industrial de la ciudad. Seguramente por eso, apenas un mes después del acontecimiento, el 20 de junio de 1888, los comerciantes tapatíos fundaron, en el Salón del Círculo Mercantil, una de las instituciones privadas de más larga y decisiva vida en la trayectoria de la ciudad: la Cámara de Comercio de Guadalajara, que en ese tiempo representaba asimismo los intereses de los agricultores, industriales, mineros y propietarios de inmuebles (Arana Cervantes, 1990). De hecho, en la única visita de carácter oficial que hizo a Guadalajara el Presidente Díaz, la cena-baile de gala que fue ofrecida en el edificio del Supremo Tribunal de Justicia fue patrocinada por la Cámara, que se gastó diecisiete mil pesos en la lucidora y concurrida fiesta (*ib.*).

Los vocales propietarios del naciente organismo eran figuras bien conocidas del comercio, la industria y las finanzas: don Juan Somellera, que ocupó el cargo de Presidente durante los primeros tres años de vida de la institución; don Justo Fernández del Valle, como Vice-Presidente; don Ramón Fernández Somellera en calidad de tesorero; y el resto de los vocales: don Adolfo H. Barriere, don Jacobo Navarro, don Gabriel Castaños, don Fernando de la Peña. Los tres primeros pertenecían sin duda a las familias "líderes" del grupo que formaban las "gentes conocidas" de Guadalajara durante el porfiriato (Corcuera, s.f.).

Poco después, el 18 de agosto de 1889, la Cámara empezó a editar un boletín, la *Gaceta*



Los portales frente a la Plaza de Armas, a principios del siglo.

Mercantil, publicación de larga data, que desde entonces recogió el pensamiento y la opinión del comercio tapatío. La *Gaceta* fue un foro socorrido para las quejas de la Cámara que, a pesar de la cercanía cronológica de fundación con el ferrocarril, mantuvieron por décadas, una distante y pésima relación. Los comerciantes no dejaban de expresar su desazón por el mal servicio de una compañía federal concesionada a extranjeros que sacaba ventaja tras ventaja de los nacionales.

La relación era muy diferente con el gobierno estatal. Como frutos del espíritu de colaboración que existió entre los comerciantes organizados y el gobernador Ramón Corona, en poco tiempo se tomaron decisiones claves y surgieron instituciones perecedoras: se abolieron las alcabalas que tanto afectaban el desplazamiento de las mercancías, se fundaron el Monte de Piedad y el Mercado que lleva su nombre, llegó a instalarse el Banco de Londres y México (Arana Cervantes, 1990). Un año después del asesinato del general, en 1890, cuando gobernaba el estado otro hombre ilustre, don Mariano Bárcena, se inauguró en el antiguo edificio del Colegio de San Juan, el Museo Agrícola e Industrial, que "...poseía una abundantísima y selecta colección de nuestros productos agrícolas e industriales..." *Ib.*)

La creación del Museo, junto con las celebración o asistencia a grandes exposiciones regionales, nacionales e internacionales, formaban parte del esfuerzo por promover el comercio y la industria

nacionales. Y en verdad mucho se logró. A la vuelta del siglo el comercio tapatío había crecido en número, variedad y envergadura de los establecimientos: casi tres mil (2958) establecimientos de 53 diferentes giros, aunque predominaban los de productos alimenticios: 1500 tendajones en el centro y sobre todo en los barrios, 232 expendios de cereales y pasturas, 131 carnicerías (Santoscoy, 1901). Esos giros de bienes básicos solían estar en manos de nacionales. En realidad, 2872 establecimientos mercantiles tenían propietarios mexicanos.

Como se sabe, los extranjeros habían aprovechado muy bien la paz y la buena acogida del régimen porfirista para incursionar en casi todas las actividades y regiones del país. En Guadalajara aparecían como dueños de 86 comercios. En primer lugar estaban los franceses con 28 negocios, les seguían los norteamericanos con 20, los alemanes con 19, los españoles con 11. Muy abajo estaban los italianos, que tenían tres negocios, los chinos con dos y los árabes, austríacos y suizos, con uno cada uno.

Los extranjeros tendían a preferir actividades tan lucrativas como prestigiosas: de los 20 establecimientos cuyos propietarios eran norteamericanos, 5 eran casas importadoras; los franceses, por su parte, preferían lo relacionado con las prendas de vestir: 15 de los 28 negocios que poseían estaban dedicados a esos giros; de los 11 negocios de españoles, 3 eran panaderías y otros 3 eran escritorios comerciales; los alemanes preferían los negocios de importación, las ferreterías y, en general, todo aquello ligado a maquinaria, a eso se dedicaban 8 de los 19 establecimientos que ellos tenían. Había algunos giros en que los extranjeros no tenían competencia alguna: los norteamericanos en la venta de lentes, de gabinetes para baño, de petróleo y de productos químicos; los franceses en el mercadeo de plantas y semillas, los españoles como vendedores de café, los alemanes en el expendio de cerveza (*Ib.*).

El comercio tapatío se había renovado y crecido por el crecimiento urbano, por la demanda que ejercía la gente de la ciudad, pero también por la que representaba la población rural. El mejoramiento y ampliación de las vías de comunicación permitió a los comerciantes avecindados en Guadalajara organizar el mercadeo hacia las zonas rurales del propio Jalisco y de otros estados vecinos. La conclusión del tramo ferrocarrilero hasta Man

zanillo en 1909 permitió estrechar aún más la relación comercial con esa franja del territorio tapatío hasta Colima.

Las regiones rurales, por su parte, también tenían demandas nuevas sobre la ciudad. El ofrecimiento de exenciones fiscales por la instalación de industrias que utilizaran maquinaria moderna sacó el dinero de los colchones de la pequeña burguesía rural que empezó a solicitar información y asesoría para instalar negocios nuevos en sus localidades. Las industrias extranjeras, muchas de ellas en pleno período de expansión, estaban interesadas en hacer crecer su mercado de modo que sus agentes se dedicaron a recorrer las múltiples localidades de cada región para ofrecer la maquinaria y sus servicios. Para estos negocios resultaba imprescindible contar con una base urbana que les permitiera promover la venta de equipo y su mantenimiento. Así, desde la ciudad salían los vendedores de maquinaria que en las nuevas condiciones de los servicios era posible instalar en muchas partes. El éxito de varios de los comerciantes norteamericanos y alemanes tuvo que ver con la ampliación de la demanda propiamente industrial.

De este modo, el campo y la ciudad se plagaron de proyectos industrializadores, de pequeña y gran escala. Proliferaron por doquier los molinos de aceite y de harinas, estos últimos asociados por lo regular a la elaboración de fideos; las fabriquetas de hielo y aguas gaseosas; las de baldosas; las de jabón; las de tabacos labrados. Hacia 1900 Santoscoy enlistaba en Guadalajara: 20 molinos de aceite, 50 de harinas, 1 fábrica de jabón, 1 de papel, 39 de tabacos y, de menor envergadura, fábricas de aguas gaseosas y minerales, de cerveza, dulces, pastas de harina para sopa, de almidón, de zapatos, curtidurías, cerillos, velas de cera, velas de sebo, 1 de frutas en conserva, 11 de chocolate, 2 de hielo, 1 de salsas y encurtidos, 2 de camas de latón y de fierro y colchones, 1 de sombreros, 1 de betunes de calzado, 2 de cola-pegamento, 3 de fustes para sillas de montar, 1 de cartuchos para armas de fuego, 1 de velas de estearina, 2 de velas de parafina, 1 de cartón y de cajas de cartón, 23 de ladrillos y tejas, 1 de mosaicos hidráulicos y piedra artificial, 1 de órganos y armónicos (Santoscoy, 1901).

El panorama industrial tapatío de ese tiempo no era diametralmente diferente del que se podía encontrar en una localidad más pequeña del estado. En Guadalajara había sin duda más es-

tablecimientos, pero no tan distintos, como sucedió más tarde.

Pero sin duda el sector que mejor aprovechó el período porfiriano para crecer y expandirse fue el de los franceses. Un poco como los consentidos de un régimen que veía con reticencia caer sin contrapeso en manos de Estados Unidos, los franceses se convirtieron en los mejores importadores de las prendas, joyas y enseres de casa de una sociedad que, aunque limitada en números absolutos, se había vuelto muy rica y bastante ostentosa. Al mismo tiempo, las casas comerciales se convirtieron en las principales compradoras de las fábricas textiles, a las que encargaban las telas nacionales que se vendían en la ciudad y en el campo. En un proceso vertiginoso los "barcelonettes" se convirtieron en los propietarios de las mejores tiendas de departamentos de la Ciudad de México y de Guadalajara.

Un siguiente paso se hizo necesario y sobre todo posible. El ferrocarril, al romper las barreras de la incomunicación, desató la competencia entre las fábricas textiles de las diversas regiones del país, lo que acarreó un recambio total en las cúpulas de la industria textil. Se sucedieron quiebras, ventas y, finalmente, la formación de dos grandes grupos textileros: el de los españoles, con base en el eje Puebla-Tlaxcala, y los franceses alrededor de Orizaba, en Querétaro y Jalisco.

Así, en 1900 se fundó la Compañía Industrial de Guadalajara, S.A., que reunía a cuatro de las fábricas que habían surgido a mediados del siglo: las textileras de "Atemajac", "La Escoba" y "Río Blanco" y la de papel de "El Batán". Los socios de la flamante sociedad eran todos comerciantes "barcelonettes": Fortoul, Chapuy y Cía., Gas y Cía., Laurens Brun y Cía., Bellón Agoneca y Cía. y E. Lebre y Cía. (Durand, 1986).

Poco antes, al comenzar la última década, la Compañía Martínez Negrete e Hijos se desprendió también de su vieja fábrica textil "La Experiencia", que también pasó a formar parte de la Compañía Industria de Guadalajara. Pero en este caso el desprendimiento era para financiar la instalación de una nueva y flamante industria textil, que en realidad se convirtió en el último gran proyecto industrial del siglo: la Fábrica de Hilados y Tejidos "Río Grande", localizada en los terrenos de una hacienda, Jesús María, con acceso a la caída de agua del Salto de Juanacatlán, a treinta kilómetros de

Guadalajara y en las cercanías de una estación de ferrocarril: El Castillo.

Allí, el 17 de mayo de 1896, el propietario de la fábrica, don Francisco Martínez Negrete, echó a andar los trabajos de "Río Grande" y la vida de la colonia industrial de El Salto, a imagen y semejanza de las que habían surgido hacia cincuenta años.

El conjunto arquitectónico se componía de dos grandes secciones: la fábrica y el pueblo obrero, donde llegaron a vivir los casi mil obreros provenientes de las textileras de Querétaro y Tlalpan, en casitas de dos, tres y cuatro cuartos que formaban largas hileras de "cuadras". A un lado de la plaza estaba "La Esperanza" o tienda grande, un dispensario médico, una cantina, la oficina de correos, una cuarto que servía de cárcel, los baños públicos y los lavaderos. Un poco más lejos, se encontraban la capilla, el teatro y, fuera de los muros, un enorme campo deportivo, que convirtió a casi todos los salteños en futbolistas (*Ib.*).

Aunque en pocos años "Río Grande" se convirtió en la empresa textil más importante de Jalisco en cuanto a volumen de producción y a número de operarios, ya no era posible mantenerse fuera del sistema que imponían los franceses: el gran consorcio que reunía varias fábricas, pero todas subordinadas a las necesidades de las casas comerciales.

Pero además el modelo de colonia industrial era ya inviable. El paternalismo de la décadas anteriores, en el contexto político del fin de siglo llevó indefectiblemente al despotismo y, en consecuencia, a la efervescencia y rebeldía de los trabajadores. Efervescencia que fue la característica de la década siguiente, cuando el porfiriato ya no pudo contener los rezagos y reclamos que había acumulado, sin saberlos escuchar.

Bibliografía

- ALDANA RENDON, Mario "La industria textil en Jalisco durante la transición al capitalismo. 1840-1877" en *Boletín del Archivo Histórico de Jalisco*, vol. IV, núm.1. Guadalajara: Secretaría General de Gobierno, Archivo Histórico de Jalisco. 1980. pp.7-12.
- ANDERSON, Rodney *Guadalajara a la consumación de la Independencia: estudio de su población según los patrones de 1821-22*. Guadalajara: Gobierno de Jalisco, UNED. 1983.
- ARANA CERVANTES, Marcos *100 Años en la Vida de Guadalajara*. Tomo I. Guadalajara: Cámara Nacional de Comercio de Guadalajara. 1990.
- BANDA, Longinos *Estadística de Jalisco (1854-1963)*. Guadalajara: Gobierno de Jalisco. 1982.
- BARCENA, Mariano *Descripción de Guadalajara en 1880*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara. 1954.
- BERTHE, Jean-Pierre "Introducción a la historia de Guadalajara y su región" en *Varios Autores Regiones y ciudades en América Latina*. México: SepSetentas. 1973.
- CABALLERO, Manuel "1893" en Juan B. Iguíñez *Guadalajara a través de los tiempos*. Tomo II. Guadalajara: Ayuntamiento de Guadalajara 1989-1992. 1989. pp. 101-109.
- CASTAÑEDA, Carmen "Sobre una fábrica textil u obraje establecida en Guadalajara en el siglo XVIII" en *Boletín del Archivo Histórico de Jalisco*, vol. IV, núm.1. Guadalajara Bullock, 1865: Secretaría General de Gobierno, Archivo Histórico de Jalisco. 1980. pp.13-16.
- CORCUERA, Alfonso "Las familias conocidas en Guadalajara". Guadalajara: fotocopia sin fecha.
- DURAND, Jorge *Los obreros de Río Grande*. Zamora: El Colegio de Michoacán. 1986.
- DURAND, Jorge "Auge y crisis: un modo de vida de la industria textil mexicana" en *Relaciones*, vol. VII, núm. 28. Zamora: El Colegio de Michoacán. 1986. pp.61-84.
- GONZALEZ, Luis "La situación social de Jalisco en vísperas de la Reforma" en *Lecturas Históricas de Jalisco. Después de la Independencia*. Tomo I. Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco. 1981a. 221-229.
- GONZALEZ, Luis "El liberalismo triunfante" en *Historia General de México 2*. México: El Colegio de México. 1981b. pp.897-1015.
- GOUY, Patrice *Pérégrinations des "Barcelonettes" aun Mexique*. Grenoble: Presses Universitaires de Grenoble. 1980.
- HALE HARDY, Robert William "1825" en Juan B. Iguíñez *Guadalajara a través de los tiempos*. Tomo I. Guadalajara: Ayuntamiento de Guadalajara 1989-1992. 1989. pp.123-126.
- LOEWENSTERN, Isidore "1838" en Juan B. Iguíñez *Guadalajara a través de los tiempos*. Tomo I. Guadalajara: Ayuntamiento de Guadalajara 1989-1992. 1989. pp.159-169.
- LOPEZ COTILLA, Manuel "1842" en Juan B. Iguíñez *Guadalajara a través de los tiempos*. Tomo I. Guadalajara: Ayuntamiento de Guadalajara 1989-1992. 1989. pp.195-217.
- LYON, George Francis "1826" en Juan B. Iguíñez *Guadalajara a través de los tiempos*. Tomo I. Guadalajara: Ayuntamiento de Guadalajara 1989-1992. 1989. pp.127-142.
- MURIA, José María (Dir.) *Historia de Jalisco*. Tomo II. Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco. 1982.
- MORENO TOSCANO, Alejandra "Cambios en los patrones de urbanización en México, 1810-1910" en *Historia Mexicana*, vol. XXII, núm.2. México: El Colegio de México. 1972.
- MURIA, José María *Breve Historia de Jalisco*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara. 1988.
- OLVEDA, Jaime "El monopolio rebocero Guadalajara-Zamora. Introducción y notas" en *Relaciones*, vol.II, núm.8. Zamora: El Colegio de Michoacán. 1981. pp.94-115.
- OLVEDA, Jaime *La Oligarquía de Guadalajara*. México: Conacult, Colección Regiones. 1991.
- PAEZ BROTCHE, Luis "Prólogo" en Mariano Bárcena *Descripción de Guadalajara en 1880*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara. 1954.
- PENNY, T. "1824" en Juan B. Iguíñez *Guadalajara a través de los tiempos*. Tomo I. Guadalajara: Ayuntamiento de Guadalajara 1989-1992. 1989. pp.111-122.
- ROA, Victoriano *Estadística del Estado Libre y Soberano de Jalisco*. Guadalajara: Unidad Editorial del Gobierno de Jalisco. 1981.
- SANTOSCOY, Alberto *Memorándum acerca del Estado de Jalisco y especialmente de su capital Guadalajara*: Guadalajara, 1901.
- VARGAS AVALOS, Pedro "El comercio en Jalisco: desarrollo y normas" en *Boletín del Archivo Histórico de Jalisco*, vol.II, núm.1. Guadalajara: Secretaría Ge-

neral de Gobierno, Archivo Histórico de Jalisco.
1984. pp.4-12.
WARD, Henry George "1827" en Juan B. Iguíñez

Guadalajara a través de los tiempos. Tomo I. Gua-
dalajara: Ayuntamiento de Guadalajara 1989-
1992. 1989. pp. 143-144.